

GUSTAVO MARTÍN GARZO

*La calle
del paraíso*

FOTOGRAFÍAS DE
LETICIA PÉREZ

Colección «La Ciudad y la Memoria»

1. VALLADOLID



EL PASAJE DE LAS LETRAS

Prólogo

Estos textos han sido escrito a lo largo de estos últimos quince años. Todos ellos son encargos, lo que quiere decir que si llegué a escribirlos fue porque alguien me los pidió. Fue así, porque poco a poco, a lo largo de esos mismos años, he llegado a convertirme en un escritor profesional. Es decir, alguien que no sólo escribe lo que le apetece, sino también lo que le piden. Porque tiene que vivir de su trabajo. Nunca imaginé que pudiera pasarme esto. Siempre me gustaron los libros, pero me bastaba con leerlos. Tampoco esperaba que lo que escribía pudiera tener otro destino que los cajones de mi mesa, o los oídos de alguna compañera de curso. Sabía que las palabras tienen el poder de enamorar, pero no que pudiera ganarse dinero con ellas. Pero un buen día terminé una novela y tuve la fortuna de publicarla. A esa novela siguieron otras y, como no me fue mal del todo, cuando quise darme cuenta había hecho de la escritura mi oficio. No sé decir si me gustó, pero me vi arrebatado por aquel torbellino y desde entonces no he hecho otra cosa que escribir. Escribo tantas horas al día que hasta me avergüenza reconocerlo, a la vista del resultado. Lo hago sin descanso, sin perdonar fiestas o vacaciones, llevado por una obstinación que no entiendo, como si fuera una enfermedad. Digo una enfermedad porque siempre escribo desde la carencia, sintiendo que hay algo que me falta, algo que quiero tener y que no sé lo que es. Como un animal precioso que alcanzo a ver entre las ramas del bosque, y que siempre termina por burlarme.

Estos textos hablan de Valladolid, que es mi ciudad. Y hablan de mi relación con ella. Es decir, de algunas de las veces que he visto ese animal por sus calles para enseguida perderlo de vista. No he querido hablar de la ciudad que vemos, sino de la que llevamos dentro: la ciudad de nuestra memoria y de nuestros deseos. Esa es la única ciudad que cuenta para mí y la que he querido contar. Italo Calvino escribió un libro que se llama *Las ciudades invisibles*. En él Marco Polo narra al anciano Khan sus visitas a las distintas ciudades que ha conocido en sus viajes. Son ciudades de nombres femeninos que recuerdan los sueños de *Las mil y una noche*. Ciudades pavimentadas de estaño, flanqueadas por torres de aluminio, suspendidas sobre un precipicio a base de cuerdas, hechas sólo de cañerías de agua, sin espesor, sobrevoladas por cometas, horadadas por mil pozos... La más extraña se llama Berenice. Una ciudad, que es una sucesión de ciudades, alternativamente justas e injustas, inextricablemente unidas entre sí, como son todas las ciudades de los hombres. Pues bien, Valladolid es para mí una de esas ciudades del misterio, el deseo y la angustia. Una ciudad justa e injusta a la vez, en la que he gozado y sufrido, y en que he sido generoso y mezquino con mi amor. Y estos textos narran alguno de los episodios de mi larga estancia en ella. Una estancia que se confunde con un viaje. Pues mi Berenice es a la vez una ciudad que existe en el espacio pero también en el tiempo: la ciudad moderna y cordial que me encuentro cada día cuando salgo a la calle y la ciudad de la memoria, en que viven imágenes de otros mundos. De forma que sobre la ciudad real siempre gravita la ciudad perdida, y bien puede sucederme que al lado de los niños que hoy juegan en un parque tropiece de pronto con mis propios hijos cuando tenían su misma edad; o sentado en un banco, junto a otros jubilados, vea a mi propio padre anciano en la época en que estando ya muy enfermo lograba sacarle de casa para dar un paseo

del que enseguida se cansaba, pues él solo se encontraba a gusto en su sillón de orejas. Es extraña una ciudad así, no tienes un momento de tregua. Tanto que muchas veces me pregunto si hago bien no buscando refugio en otra más tranquila, o al menos sin tantos sobresaltos. ¿Pero podemos vivir sin las visitas de esos “huéspedes de la niebla”? No, no podemos. O al menos, no queremos hacerlo, a pesar de que muchas noches no nos dejen dormir. Y Valladolid es, sobre todo, para mí esa ciudad de fantasmas y dobles queridos. Y es pensando en esto cuando me doy cuenta de todo lo que he dejado de contar de ellos en estas páginas. No he hablado de las chicas que sirvieron en casa, y que solían venir de Villabrágima, y que nos entregaron parte de su juventud para ayudarnos a crecer, y a las que muchas noches escuchaba llorar porque se acordaban de sus casas. No he hablado de la oscuridad del franquismo, ni de aquella religión llena de amenazas pero también de inesperadas delicadezas, sobre todo cuando era nuestra madre quien nos narraba sus historias, no he hablado de mi juventud... No he hablado de el café *El largo adiós*, que fundé con un grupo de amigos, y al que en su época mítica una tarde entró un hombre con un caballo, al que hubo que dar de beber en un balde, ni del acoso que sufrió por parte de las bandas fascistas durante la transición. No he hablado de una revista llamada *Un ángel más*, que dirigí junto a mis amigos Carlos Ortega y Miguel Suárez, ni de los libros que he leído en sus cafés y parques, ni de las películas que he visto en sus cines, que han sido innumerables, pues el cine siempre ha sido para mí la fuente de todos los encantamientos. Tampoco he hablado de mis enemigos, que es lo que menos importa, tanto por su escaso número como por su menos escasa talla épica, ni de muchas de las personas que he llegado a amar a lo largo del tiempo, y que son más numerosas, y más importantes que aquellos. Ni lo he hecho de mi hermano Puki, que se llevó para

siempre al morir una parte de nuestra felicidad. Ni del resto de mis hermanos. Fuimos seis varones, y no dejamos de jugar ni de inventarnos una locura tras otra durante toda nuestra infancia. Aunque ese hecho, que todos fuéramos chicos y no hubiera niñas a nuestro lado, haya sido uno de los traumas de mi vida. No estoy exagerando. Creo que todo lo que he escrito ha sido para acercarme a ese lugar donde las mujeres se entregan a sus sueños y se cuentan sus secretos. Ni he hablado de mi mujer y mis hijos, de nuestros paseos por las calles y plazas de esta ciudad, de nuestras idas y venidas al colegio García Quintana, que era el colegio público al que los llevábamos. Ni de aquellas fiestas de cumpleaños que organizábamos en nuestra casa de Santa Ana, donde había marionetas, disfraces y los concursos más desatinados. Bastarían esos relatos para hacer de Valladolid la ciudad más loca y dulce de la tierra.

Pero, claro, hablar de todo esto habría multiplicado las páginas de este libro y tampoco sé si habría hecho falta. No, creo que no. Este libro está bien así, con todos sus olvidos. Todos tenemos, más allá de la ciudad que vemos y por la que caminamos, una ciudad que se esconde, una ciudad que sólo nosotros conocemos y que, sin embargo, es en la que más íntimamente llegamos a encontrarnos con los demás. Una ciudad de silencio. Los jardineros japoneses suelen rodear de tiras de papel, ciertos lugares, que les sorprenden por su perfección, señalando así al paseante lo que no debe dejar de atender, y yo he querido hacer lo mismo con ciertos lugares de mi memoria y mi vida. Y lo he hecho lo mejor que sé. Aquí termina mi responsabilidad. Creo que los momentos más decisivos de nuestra vida, los más hondos y delicados, están hechos de silencio y yo he tratado de serles fiel. Eso es el silencio, esa llama que corona las cosas y los seres cuando nos visita el amor. Y una llama da luz, es decir, crea un espacio para compartir con los otros. Y Valladolid es, por encima de cual-

quier otra cosa, la ciudad en que más veces he visto encenderse esas llamas humildes.

Hace años, cuando aun vivíamos en la casa de Santa Ana, yo solía encerrarme todas las tardes a escribir. Lo hacía en un cuarto separado de nuestro piso, de forma que para llegar a él había que salir al descansillo y llamar su puerta, como si fuera una casa distinta. Allí me pasaba las tardes escribiendo. Mi hija era entonces muy pequeña y, aunque su madre le decía que no debía molestarme, ella a menudo me iba a ver. Utilizaba siempre la misma excusa. Venir a buscar una hoja de papel, para escribir o pintar. E invariablemente me la pedía de la misma forma: “¿Me das una hoja blanca como la nieve?”. Yo, entonces, abandonaba por unos momentos aquella locura en que andaba metido y me la quedaba mirando un momento. Era como ese animal tan dulce de que antes hablé, ese animal encantado que tras mirarme un momento enseguida escapaba de mí. ¿Por qué buscarle en la escritura de un libro, pensaba, si lo tenía allí mismo, en mi propia casa? Entonces sacaba lentamente el taco de folios y fingía escoger lentamente uno de ellos. El que más se ajustara a su petición: el más inmaculado y precioso. Y luego se lo daba. Ella se iba feliz, y yo volvía a quedarme solo escribiendo mi libro, aunque lo que hubiera deseado era irme detrás. Sinceramente, no sé por qué me quedaba allí, como tampoco sé porque ahora sigo encerrado en un cuarto semejante haciendo más o menos lo mismo que entonces. Contra toda lógica, contra toda sensatez. Pero han pasado los años y creo haber descubierto una cosa: que era en aquellas hojas en blanco que le daba a mi niña donde día a día estaba escribiendo sin saberlo mi libro más hermoso. Que este libro sea como esas hojas, es mi deseo para el lector que ahora lo empieza a leer.